

CAPITULO XXIV.

Del orden que el hombre debe tener para con Dios, ó de la Religion.

§. I.

EN primer lugar, como cosa la mas importante, debemos tratar del orden que el hombre debe tener, y observar para con Dios, al que comunmente llamamos Religion, virtud de altísima esfera, y que precede todas las otras; y es muy justo, porque con una seria ojeada que demos á nosotros mismos, así en lo externo como en lo interno, conoceremos claramente que somos mas de Dios, que de nosotros, y por tanto es debida la preeminencia á nuestro Amo, y Dueño antes que á otro objeto alguno. Ensalzemos, pues, quanto queramos la naturaleza de nuestro ser, lisonjeémonos á nuestro gusto, siempre será muy verdadero haber sido Dios el que por su bondad, y misericordia nos hizo de la nada, el que nos sostiene, y mantiene en la tierra, el que nos hace habitar en un pais, que no puede llamarse nuestro con propiedad, porque todo es de Dios, como obra, y produccion suya, y como hechura que por todos los instantes mantiene su benéfica voluntad, y la influencia de su amoroso poder; de manera, que solamente gozamos el usufruto por su clemencia, y dignacion: ni Dios ha cedido jamas el derecho de dominio, y de propiedad que tiene sobre nosotros; antes sería confundir la idea que tenemos de Dios, si imaginásemos que podia existir alguna cosa que no fuese suya, ó en alguna manera fuese independiente de su soberana omnipotencia. No hablo mas en este punto por no entrar sin necesidad en un océano que no tiene límites, ni fondo. Para discernir ahora qual deba ser el orden de las criaturas racionales para con este Señor, y Amo nuestro, es necesario establecer algunos

nos principios fundamentales, de los quales, por consecuencias justas, y necesarias se inferan nuestras obligaciones para con Dios. Sea el primero, yo conozco que hay Dios; esto es, no conozco ciertamente su infinita esencia, pero sí su existencia; y esta proposicion me la enseña no solo suficientemente, mas tambien demostrativamente el conocer que por necesidad debe admitirse un Supremo, y primer principio, y una causa de todas las cosas; el qual principio de consiguiente no debe tener principio, y por tanto es eterno, existente por sí mismo, infinito, é inmenso. Conozco tambien que este Ser Supremo, que llamamos Dios, no puede menos de ser sabio, é infinitamente sabio, omnipotente, y dotado de una bondad, y justicia infinita, y de todas las demas perfecciones, que solemos llamar intelectuales, metafísicas, morales, &c. A este conocimiento, ademas de las razones intrínsecas, que son incontrastables, nos conduce por necesidad la contemplacion de tan innumerables hechuras, que nosotros, usando de una lícita metáfora, llamamos obras de sus manos. Concuerdan en esta verdad los antiguos, y modernos sabios, y casi todos los pueblos, obligados tanto por la evidencia de las razones, quanto por la tradicion, que ha nacido con el mismo mundo; y en éstos últimos tiempos (no haciendo memoria de los Santos Padres de la Iglesia) hemos visto probado, y demostrado este noble argumento de una manera fuerte, y clara por el Padre Granada, por el Séñeri, y por otros varios excelentes Filósofos Católicos, así en nuestros paises, como en otros donde habia mayor necesidad; de manera que seria superfluo, por no decir impropio, el traer aquí las pruebas de semejante argumento. Es verdad que en algunas Provincias donde aun tienen pasaporte libre las mas enormes, é impías quimeras no falta algun nuevo Pirronista, que riéndose llega á poner en duda esta otra verdad evidente: *yo pienso, luego yo soy, yo existo. Egoistas se llaman estos. Ni se avergüenzan al ver que con la misma*

fuerza se sigue del mismo modo la consecuencia clara del propio argumento, siendo lo mismo el decir: Yo pienso, luego yo soy, ó existo, que el decir: Yo dudo si pienso; luego yo existo, porque la nada de nada duda, y solo puede dudar el que existe, y es alguna cosa. Por otra parte, si á estas bizarras cabezas no parece cierto este entimema: *Yo pienso, luego yo soy*; debería por lo menos parecerles mas que cierto este otro: *Yo dudo si pienso, y por consecuencia si yo existo; luego me espera con los brazos abiertos, el hospital de los locos*, pues sin duda allí se hallan encerrados otros de fantasía mas sana que ellos. Y si por fortuna les saliese al encuentro un nudoso, y fuerte garrote de encina, que en manos de buen pulso les midiese las espaldas, tendría yo gran gusto en ver si todavía dudaban ser este un garrote de singular virtud para sanar perfectamente al que siendo hombre, quiere ser mas insensato que las mismas bestias.

Supuesto esté evidente, é incontrastable primer principio, *conozco que hay Dios*, nace de aquí una cadena de proposiciones tan justas, como verdaderas, en las quales se halla expreso el orden que el hombre está obligado á conservar con este mismo Dios; y estas proposiciones, y consecuencias nos las enseñan juntamente la razon, y la revelacion; quiero decir, que después que estamos persuadidos á que hay este Ser Omnipotente, y Eterno, infinitamente bueno, y sabio, Criador de todas las cosas visibles, é invisibles, y que consiguientemente debe ser reconocido por tal Criador, y Soberano Conservador, sería un sueño demasadamente impio, y ridiculo el figurarse con Lucrecio, y otros Filósofos Ethnicos, que las innumerables, y maravillosas obras, que registramos en el Cielo, y en la tierra, sean efectos del acaso, y contingencia, quando cada una de ellas, aunque no tienen lengua, grita, y vocea ser necesariamente efecto de una infinita, é incomprehensible sabiduria,

y principalmente el hombre, que es la criatura mas admirable de quantas hay en la tierra. Es necesario, vuelvo á decir, reducirse finalmente á reconocer un Padre comun de todo lo criado, una Causa primaria de todas las causas, un Criador de nosotros mismos; esto es, aquel Dios bienaventurado, el qual por un puro exceso de su natural bondad ha producido no solamente á nosotros, mas tambien todos los otros cuerpos de que está compuesta, y adornada esta máquina terrena; pero los ha criado para nuestra conservacion, comodidad, y placer. Ved aquí ahora las consecuencias claras que se infieren de este primer principio. Luego si yo conozco á este grande Dueño, y Señor mio, le debo un amor sumo, y estoy obligado á glorificar, adorar, bendecir, alabar, y dar gracias á su infinita Magestad, y grandeza. Este es el gustoso oficio, segun lo que la fe nos enseña, en que se emplean aquellos dichosos espíritus, que están gozando de este Señor en su felicísimo Reyno. ¿Y podrá acaso juzgarse, ó imaginarse, que dexen de hacerlo al ver ellos de mas cerca, y al considerar la inmensa Magestad, hermosura, y otros esclarecidos atributos de aquel excelso Monarca, que es el Señor de todo? Ciertamente que no nos es permitido esto á nosotros mientras vivamos en este mundo, porque no podemos registrar los rayos de este Divino Sol, ni entender aquellas incomprehensibles delicias, que ciertamente creemos haber hecho el mismo Señor en aquel Real Palacio del Paraiso. No obstante esto, es tan varia, tan hermosa, y admirable la feria de criaturas que el mismo Señor ha criado sobre la tierra, que esto solo basta para que gastemos todo el tiempo de nuestra vida en descubrir cosas, la una mas bella, y mas noble que la otra, y consiguientemente para obligarnos á darle alabanza, honor, y gloria sin fin. El que jamas ha visto las magníficas delicias de algun gran Monarca, quando llega á verlas la primera vez, y se encuentra con una magestuosa fachada del Palacio, y observa toda la disposicion, y ar-

quitectura interna, los preciosísimos muebles que le adornan, los cortesanos, las guardias, los grandes jardines, fuentes, y teatros, y lo demas de aquel gran todo, tened por cierto que aquel hombre se halla lleno de alegría, y gusto, y como extático por la maravilla, y contento. Pregunto yo: ¿ve él al Rey? Acaso no le ve. Pero si no le ve con los ojos del cuerpo, lo ve ciertamente, y lo reconoce por necesidad con los del alma, no pudiendo menos de conocer quan grande sea el poder, y la riqueza de quien ha fabricado tantas, y tan grandes delicias, y es Señor de todas ellas. Esto mismo, y aun mucho mas debe decirse respecto del universo, formado por Dios con tantas, tan maravillosas, y diversas criaturas, cada una de las quales, y principalmente las vegetables, sensitivas, y racionales, es por sí un milagro para quien sabe ponderar su preciosidad interna. El estar nosotros acostumbrados, y familiarizados con estos prodigios es la causa de que no nos parezcan tan grandes, y estupendos como lo son en sí mismos; y es ciertamente muy grande, y muy reprehensible nuestra negligencia, é ignorancia, quando por no considerar jamas la hermosura, y magestad de estas cosas, tampoco consideramos la Omnipotencia, y Sabiduría de su Criador, y no damos á él mismo con todo nuestro corazon, y repetidas veces aquel honor, y gloria que todos conocen serle debida por tantos títulos á su magnificencia, y grandeza.

§. III.

Pasemos adelante, y figurémonos, que despues de haber visto, y registrado por nosotros mismos aquellas suntuosas, y reales delicias, llamándonos el Rey, que es Señor de ellas, nos habla de este modo: Este Palacio, nos dice, con todo lo que hay en él, quiero que lo goceis por ahora, concediéndoo el usufruto para lo sucesivo. Recibidlo de mi liberalidad, y gozadlo mientras vivís, reservándome yo el alto dominio de quanto hay en él: si esto sucediese así, pregunto yo ¿sería muy de-

debido que á vista de tanta beneficencia de este graciosísimo Monarca, y sin mérito alguno de nuestra parte, le amásemos afectuosamente, y jamas dexásemos de ensalzar, predicar, y venerar su incomparable bondad, y gratuita liberalidad? Es bien clara esta proposicion. Y aun quando este insigne Bienhechor no se nos diese á conocer, y nada nos dixese del beneficio que nos ha hecho, ¿no deberíamos nosotros reconocerlo por un gran beneficio, y alabar, y ensalzar perpetuamente el poder, y señorío del que nos le hace? Volvamos ahora, y pasemos de lo fingido á lo verdadero. De ningun Monarca de la tierra debemos esperar un exceso de fineza, y liberalidad tan extraordinaria; pero del Monarca Sumo, y Señor de todo, hemos recibido ya mucho mas sin comparacion, porque el palacio, y jardin del mundo, en que por suma bondad, y liberalidad suya nos ha puesto, y de cuya hermosura gozamos, es sin comparacion mas bello, y delicioso que quantos tienen, y pueden ofrecernos los Reyes, y Soberanos del mundo. Y si estos nos causan admiracion, es porque los miramos rara vez. Aquel que nos ofrece Dios, aunque sea superior en grandeza, y delicias, como lo es en la realidad, nos parece menos, porque continuamente le gozamos: fuera de que no hay cosa grande, rica, ni hermosa en las fábricas de los hombres, que á reserva de algun primor del arte no se deba todo á la naturaleza, esto es, al excelente Artífice que crió todas las cosas. Luego es urgentísima obligacion nuestra el reconocer, y jamas olvidar los innumerables bienes, y beneficios que nos ha dispensado, y nos dispensa cada dia la liberalidad de nuestro Dios, y Señor, los quales no intento referir aquí, porque sería infinita la relacion: y si esto no conocemos, nos convendrá el feo título de ciegos, ó ingratos; y si despues llegamos á percibir la abundancia, y grandeza de estos beneficios, se sigue necesariamente de este conocimiento la obligacion que tenemos de consagrar, y dedicar todo nuestro amor, y nuestros obsequios á un

Padre tan amoroso, y á un Bienhechor tan liberal, y benéfico. Nosotros, que ciertamente nos resentimos tanto al mirar que desprecia, ó se olvida de los beneficios el sugeto á quien los hemos hecho, y no nos manifiesta gratitud alguna, deberíamos morir de pura vergüenza, considerando que nos portamos peor con Dios en este punto; porque llenos, y empapados de sus dones, y beneficios, jamas le damos las debidas gracias, ni nos mostramos inclinados á amarlo (ingratos, y desconocidos), como deberíamos hacerlo, y como lo piden, y mandan las leyes de la misma naturaleza á los que se hallan beneficiados sin mérito alguno. Finalmente podría acaso un Príncipe de la tierra colmarnos de bienes (dexo á parte el que estos mismos bienes serán siempre dones del mismo Dios); pero ninguno de ellos llegará jamas á darnos el ser de hombre que tenemos, el ingenio, la memoria, ni otros maravillosos dones, y operaciones de nuestra alma, ni sanidad, robustez, agilidad, y otras prerogativas, é instrumentos delicados de nuestros cuerpos. Solamente Dios, inmenso Bienhechor nuestro, es el que nos lo ha dado todo; porque nuestros padres solamente fueron meros instrumentos de aquel Arquitecto infatigable, y sapientísimo. Por tanto todo quanto somos, y todo el bien que tenemos lo debemos á aquel Señor que nos ha criado; de manera, que justamente podrá llamarse desordenada aquella alma en quien no se halle el amor de Dios, ni un justo reconocimiento de su bondad suma, é infinita, que tan claramente se manifiesta dentro, y fuera de cada uno de nosotros, aun sin hablar de otros inmensos bienes, que reserva su Magestad para los buenos en la vida eterna. Añádese á esto, que el amar á Dios, de que es una especial señal el aborrecer todo quanto puede desagradarle, es el principal constitutivo de aquella tranquilidad del ánimo, que dexamos dicho ser la felicidad que podemos esperar en este mundo. Es cosa cierta que qualquiera que ama verdaderamente, y sobre todas las cosas aquel objeto amabilísimo

mo más que todo, es tambien amado del mismo, y se le haria agravio notable en creer, y juzgar diversamente. Ahora, pues, no puede explicarse la sólida consolacion, y la noble paz de que goza una alma, quando piensa que se halla en gracia de aquel Señor, que es el dispensador de todo el bien, y que ama aquel gran Monarca, que no se desdenea de llamar amigos suyos á los buenos, y á sus siervos llamarlos hijos. Al contrario, el que sabe que está en desgracia suya ¿cómo puede descansar, y tener quieto, y tranquilo su corazón? ¿Por ventura no debe temer en todo, y por todo la justicia vindicativa de este Señor?

§. IV.

OTra conseqüencia nace de este primer principio, que es el conocimiento de Dios, como ya dexamos dicho. Esta es, que no pudiendo nosotros negar el ser criaturas suyas, y que siempre reserva el Señor aquel alto dominio que tiene sobre nosotros, no obstante que nos trate como hijos, y no como esclavos, porque siempre nos dexa nuestro libre albedrío; y no pudiendo negar nosotros la dependencia que de él tenemos, necesitando de su concurso continuamente para todas nuestras acciones, y para mantenernos en el ser de que gozamos, debe nuestra razon reconocer consiguientemente otra ley natural, esto es, que estamos obligados á profesar, y practicar una perfecta sumision, reverencia, y obediencia á nuestro Conservador. Y por tanto, luego que sepamos que hay leyes establecidas por él mismo, debemos al punto inclinar la cabeza, y obedecerlas con prontitud. Estas leyes son de dos maneras: las primeras de la naturaleza misma, las otras de la religion, y revelacion solamente. Por lo que toca á estas últimas no es de mi instituto el hablar aquí de ellas, perteneciendo esto á los Teólogos, bastando á nosotros solamente el saber que á la observancia de estas leyes tiene prometido infaliblemente nuestro Dios un premio inmenso, y eter-

no. En orden á las otras leyes de la naturaleza debemos considerar que el Autor, y Criador de todo ha fabricado esta gran máquina del mundo, y tantas criaturas, y entre ellas á nosotros mismos en tan magestuoso teatro, sin tomar consejo de nosotros, sino solamente de su infinita sabiduría, queriendo por los altos fines de su providencia, que en este baxo mundo se encuentre aquella admirable variedad de movimientos, y objetos, y aquella continua mutacion de escenas, de que arriba hemos hablado, mezclando los bienes con los males, lo hermoso con lo feo, y limitando al hombre un espacio de vida sobre la tierra, que jamas suele llegar á ciento y cincuenta años, y unas veces breve, otras largo, segun las complexiones, el método de vida, y otros accidentes. Las leyes estan hechas por quien, como absoluto Señor, tiene potestad para hacerlas, y como lleno de sabiduría, y justicia, no sabe formarlas sino muy racionales, y justas. Luego que entramos en este teatro del mundo se nos intimó una de estas leyes; esto es, el mismo Dios habló con cada uno de nosotros, y nos dijo: Yo podia muy bien dexar de darte el ser á tí, y dárselo á otro; pero ya que he determinado anteponer-te á tí, advierte que durante la breve peregrinacion, y mansion que debes hacer en la tierra, has de hacer en ella, y en su teatro el papel que yo quiero, y no el que tú quieras: debes estar sujeto á las mutaciones, unas veces agradables, y otras desagradables, que sucederán en el concurso, y combatimiento de tantos, y tan diversos cuerpos, y voluntades como componen al universo: en una palabra, debes baxar siempre la cabeza, obedeciendo las leyes con que formé, y aun ahora gobierno el mundo, que es lo mismo que decir, sujetar tu voluntad á todo aquello que conozcas, ó puedas prudentemente conocer que es voluntad mia. ¿Quién, á no ser un temerario, podrá figurarse á sí propio que está no sea una intimacion justísima, ó podrá persuadirse que no está obligado á observarla con el pretexto de no haberla

la oido jamas, ni al tiempo de nacer, ni despues? Y así como todo hombre recibió la vida con un pacto tácito de morir, por ser esta una ley de la naturaleza, que en buen language quiere decir ley hecha por Dios, como Autor de la Naturaleza: así la misma condicion, y pacto se entiende en todas las otras leyes, que ha establecido el Señor en la creacion del mundo, y de sus individuos. Para que nuestros cuerpos fuesen flexibles, y dispuestos para varios movimientos, y sensaciones, para la generacion, para la producción de los espíritus animales, y otras muchas funciones, el Sabio Divino Artífice los formó de partes fluidas, blandas, y sólidas, y no de marmol, ó de bronce. Ahora, si por demasiada, ó dañosa comida, por el ayre inficionado, por falta de espíritus, por una caida, ó por otras causas se rompe un muelle, ó se descompone este artificio del cuerpo, ó si otros cuerpecillos extraños, mezclándose con la sangre, alteran la armonía de esta fábrica, necesariamente, y segun las leyes del Divino Arquitecto, debe seguirse alguna enfermedad, causarse algun dolor, y á su tiempo la muerte tambien. Sucediendo esto, podrá impacientarse, é inquietarse por aquel mal un hombre de poca reflexion: podrá tambien un impio blasfemar contra quien fabricando nuestro cuerpo, formó en él una máquina, sujeta facilmente á tantos males; pero al contrario, el hombre sabio, y prudente, conociendo que todo esto sucede á tenor de las leyes tan sabiamente puestas por Dios en la fábrica de los cuerpos de los animales, adora al Sumo Artífice, y Legislador, y sujeta humildemente su juicio, y voluntad al sapientísimo del Criador. Lo mismo hace el hombre sabio, y prudente, quando las guerras, las pestilencias, las carestías, los terremotos, y nublados van desolando las campañas, y los pueblos, y quando finalmente suceden otras desgracias, ó privadas, ó públicas, que no podemos impedir-las. ¿Por ventura toca á nosotros el dar la ley á Dios, ó el recibirla de su Magestad? Y tanto mas el Christia-

no sabio sujeta su propia voluntad á la del Supremo Señor, quanto sabe por la fe, que el mundo se gobierna por una providencia mas admirable, y secreta, de la qual aunque muchas veces no llegue á entender el por qué, ó el fin, con todo, debe reverenciar, y adorar á su Autor, cuya sabiduría, muy superior á la nuestra, es bien digna de ser reverenciada, aun quando nosotros no la comprendamos, ó la entendamos menos.

§. V.

NO me contento con lo dicho hasta aquí, porque siendo el punto de grande importancia, conviene añadir alguna cosa, por ser este un camino real, seguro, y cierto para conseguir aquella felicidad de que el hombre es capaz, y á que se dirige, ó debe dirigirse su intencion. Para tranquilizar, pues, nuestro corazon (ya que en esta tranquilidad hemos colocado la felicidad á que debemos aspirar en esta vida), para tranquilizar nuestro corazon, repito, en medio de las tempestades de que abunda el mundo, basta que en nuestra alma se plante, y eche buenas raices la firme resolucion de querer solamente aquello que quiere Dios, como gobernador de todo. Podrán salirnos mal los negocios bien entablados, atropellarse las desgracias, enfurecerse contra nosotros los demas hombres; no por esto se alterará aquel corazon, porque al punto se responde á sí mismo: si así lo quiere, ó permite Dios, ¿por qué razon no he de quererlo yo así tambien? ¡O bienaventurados los que así obran, y discurren! No lo han hecho de otro modo, ni lo hacen los Santos, esto es, los hombres mas sabios que ha tenido el mundo. Ninguno mas bien que ellos ha penetrado aquel gran secreto que la misma razon natural nos enseña para tener, y conservar quieto, y sereno el ánimo. Aun en las mayores desgracias, como ellos no tengan la culpa, sienten, y prueban estos una admirable calma, y aun quando llegue á asomarse, y á acercarse la muerte, la miran ellos con un rostro apa-

apacible; porque las perturbaciones, las angustias, y afanes á que estamos sujetos, no nacen de otro principio que de la repugnancia, y aborrecimiento, que tenemos á aquella cosa que no quisiéramos que sucediera, y con todo es necesario padecerla. Pero nada se opone á la voluntad de los Santos, y sabios verdaderos, quando consideran, y reflexionan, que es Dios quien lo quiere, ó permite todo, pues nada otra cosa desean, que lo que agrada, y quiere su amoroso, y sabio Padre. Hablo aquí de aquellos afanes, y trabajos que afligen nuestro ánimo, y nacen del mismo, quando se altera por la consideracion, ú opinion de algún triste suceso. Por lo que toca á los dolores que del cuerpo enfermo, y desconcertado pasan al alma, como lo probamos en tantas enfermedades, cierto es que no podemos menos de sentir la gravedad, y dolores de estos males; pero tambien es cierto, que sobre estas desagradables sensaciones se derrama un bálsamo refrigerante, y podré llamarlo bálsamo de consolacion, donde, y quando encuentra el ánimo acostumbrado á recibir con humilde voluntad todo aquello que le viene por orden, y permission de Dios. Por tanto debemos ahora entender por que nuestro Maestro Divino, enseñándonos á orar, puso tanto cuidado en que en la breve súplica, que cada dia debemos hacer á nuestro Padre, y su Padre Celestial, manifestásemos nuestro vivo deseo de que *se haga su voluntad en la tierra, como se hace en el Cielo*. Sabia muy bien nuestro Maestro Jesus quan importante es esta peticion. Una de las grandes obligaciones que tiene el hombre para con Dios, esto es, de los buenos siervos para con su buen Señor, y amo, se incluye en este deseo; pero tambien se comprende en él un singular, y ventajoso bien para nosotros. Ved aquí la manera, y modo mas facil para vivir quieta, y tranquilamente en casos innumerables: descansar en Dios, y no desear, ni querer otra cosa que la que Dios quiera, ó permita, no porque el hombre por este motivo deba estar descuidado, y como solemos decir con las

las manos en el cinto; antes bien debe emplear todas las fuerzas de su prudencia, é industria para lograr sus honestas ventajas, para manejar sus negocios, para exercitar bien sus cargos, y oficios, para gobernar su casa, y portarse en todas las otras ocasiones que convengan á una persona, ó bien religiosa, ó secular, privada, ó comun. Debe asimismo en quanto le sea posible ingeniarse para apartar de sí los males, y las desgracias, y conservar, ó recuperar la salud, porque es mucha razón que no se descuide en procurar, y practicar estas cosas, mientras que crea que con estos deseos se acuerde muy bien la voluntad de Dios; pero luego que esta llegue á descubrirse, y que su Magestad no quiere que suceda aquello, antes bien permite lo contrario, viendo que le salen vanas todas sus diligencias, y que van de mal en peor las cosas, entonces se aquieta el ánimo del hombre determinado á querer aquello que quiera el sabio, y poderoso Señor, que lo rige, y gobierna todo. Parecerá á alguno que es un poco larga esta leccion, pero á mí me parece haber dicho poco, atendida la utilidad de la materia, y ¡oxalá que aprendiésemos bien esta leccion, y supiésemos practicarla en las ocasiones que ocurran! Sin duda poniendo por obra todo esto habremos hecho ya un gran viage en este pais de la Filosofía para llegar al término, y punto que por ella nos está señalado, y propuesto.

§. VI.

Resta finalmente una, ú otra conclusion tocante á la religion natural, y que depende de aquel principio, y conocimiento nuestro de *que hay un Dios*: conclusion fundamental es esta tambien, y de grandísima importancia, porque de ella nacen otras muchas conseqüencias, todas útiles, y aun necesarias para regular bien nuestra vida, nuestras acciones, y nuestras costumbres; esto es, conozco que hay un Dios, y si yo lo adoro, y glorifico, y vivo en este mundo con aquel orden que segun mi

mi razon comprehendo, y conozco que quiere el mismo Dios, y sujetó mi voluntad á la suya, el mismo Dios, que por necesaria conseqüencia no puede concebirse sino es por un Señor el mas bueno, y el mas justo, no dexará de darme el debido premio. Puede muy bien hacerlo, porque es todo poderoso, y debe hacerlo, porque es infinitamente justo, bueno, y benéfico. Y si yo faltase al culto, y obediencia que le es debida, y si viviese desordenadamente contra lo que me dicta mi razon, despreciando sus santas leyes; este mismo justísimo Dios no dexará de castigarme, y me castigará en esta vida? Puede ser que sí; pero hallándose tantos hombres buenos infelices, y miserables en este mundo, y al contrario, prósperos, y felices tantos malvados, y perversos, es necesario recurrir, y admitir otro pais, y otra vida despues de esta, en el qual reciba nuestra alma de aquel Dios, que es justo dispensador de castigos, y premios, lo que le es debido, y ha merecido, ó desmerecido por sus acciones. El argumento es tomado de Platon, que fué Gentil, y esforzado despues por la eloqüencia de S. Juan Chrisóstomo, y reconocido por muy fuerte, y decisivo entre los Filósofos mas juiciosos. Mientras que la idea que tenemos de Dios comprehenda tambien su justicia, como no puede negarse sin impiedad, y arrogancia, siempre se seguirá que es, y deba ser remunerador, como el Apostol nos enseñó á creerlo así por obligación; y consiguientemente debemos creer que nuestra alma es inmortal. Dexo por ahora otros argumentos de que se vale la Filosofía para probar esta gran verdad, y solamente insisto en nuestro principio ya insinuado. Esto, que es conocer que hay un Dios, es conocer juntamente sus admirables atributos en quanto puede conocerlos el entendimiento humano, y conocer consiguientemente, que yo fui criado para amarlo, obedecerlo, y adorarlo: esto me hace conocer que hay un comercio muy estrecho entre mi espíritu, y aquel espíritu infinito, que es el Criador, y el alma de todo, y

que yo me hallo muy ensalzado sobre la condicion, y ser de los brutos, con una alma diversa de la que tienen ellos. Por mas que se considere, y reflexione, no se hallará en los brutos señal alguna que indique conocimiento de aquella esencia Bienaventurada. Ni pueden tenerlo; porque la simple materia, bien que modificada, y sutilizada, ni su alma material, para explicarme así, no son capaces de pensar, y concebir las cosas espirituales, ni mucho menos aquella suprema substancia inmaterial, é invisible, que llamamos Dios; y si la concibiesen, y conociesen, seria necesario formar otro sistema, y opinion acerca del alma de los brutos. Solamente una alma hecha á la imagen, y semejanza de aquel Señor, que la crió de la nada, y que tambien es substancia espiritual, es capaz de conocer á Dios; y siendo esto así, ¿quién se atreverá á negar, que Dios no haya podido, ó no pueda criar un espíritu, y juntarlo á un cuerpo material, haciendo que el espíritu subsista, aun después que se apartó, y desunió del mismo cuerpo? ¿La simple materia puede jamas amar, ni conocer qué cosa sea el amor? Si yo amo á mi Dios (así le amase, y le amase mucho, segun tengo obligacion de hacerlo) ¿qué diferencia encuentro (en quanto á mi substancia, y sus operaciones) entre mí, y uno de aquellos espíritus que yo bien concibo que puede haberlos criado Dios sin mezcla de materia, ó union al cuerpo, y que la fe me enseñal que los hay en aquel feliz Reyno de la Gloria? Sea, pues, bendita esta fe, fundada en tantos motivos de credibilidad, y verdad, la qual da fuerzas á mi razon, en un punto de tan gran consecuencia, como lo es el asegurarme que después de esta vida se sigue otra eterna: ved aquí donde yo reposo, y descanso, sin internarme mas en este argumento, por habérmelo enseñado así el mejor de todos los Maestros, ó el único verdadero Maestro Jesu Christo, Hijo de Dios; y de aquí siento que nace en mi corazon aquella bienaventurada esperanza de que habla el Apostol; esto es, que

que aquella parte mia, que conoce que hay un Dios, y puede amarlo; jamas morirá. ¡Ay de aquellos que por soltar la rienda al desfogo de sus apetitos, agitan continuamente sus pensamientos, y se alambican los sesos! Pues aunque finalmente no tengan evidencia alguna, juzgaron haber hallado el secreto admirable de aquietar todos los temores, y tumultos de sus conciencias; aquellos, digo, serán siempre miserables, y no son dignos de conmiseracion, quando algun dia conocerán, y verán que se han engañado en un punto de tan grande consecuencia. Por lo que toca á nosotros, á la razon, y á la fe, si se exáminan sus principios con atención, y sinceridad, nos aseguran bastantemente que nosotros no somos puras máquinas andantes, sino espíritus unidos á la materia, distintos, y elevados sobre ella, y proporcionados para conocer innumerables objetos espirituales, y especialmente para conocer que hay un Supremo Espíritu, Autor, y Criador de todo, para con el qual debemos observar, y conservar aquel orden que pide un Rey á sus súbditos, y un padre á sus hijos. El amor, y obediencia que le son debidos, son los que forman este orden principalmente; y contraviniendo á este orden debemos temer sus castigos, si no en esta vida, ciertamente en la otra. Ninguno puede mejor, y más juiciosamente amarse á sí mismo, que quien ama sobre todas las cosas aquel Dios, que solamente ha sido, es, y será Autor de todo nuestro bien. Ademas que observando fielmente este orden, lograremos aquí aquella tranquilidad de corazon que infunde el saber que nos hallamos en gracia de tan buen Señor, y Padre; y que después del breve curso de esta vida, lograremos una felicidad inmensa, é interminable, que él puede dar á sus buenos súbditos, y á sus hijos en el Reyno de sus delicias.